

MARTÍ, J. y PORZIO, L. (eds.) (2016), *Cuerpos y agencia en la arena social*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Isabel Ferrándiz Armero

Universidad Autónoma de Barcelona

Miembro del grupo de Antropología del Cuerpo del Instituto Catalán de Antropología

## 1. Introducción

Olvidado o molesto, el cuerpo acostumbra a dejarse en un segundo plano como si no formara parte de lo que una persona es «en verdad», o como un corsé que determina y limita al «ser». Sin embargo, el creciente interés que han suscitado los cuerpos dentro de las ciencias sociales en las últimas décadas ha conseguido que se señale su importancia a la hora de comprender buena parte de las interacciones sociales que acontecen día tras día. En este sentido, *Cuerpos y agencia en la arena social* es precisamente una de esas obras que recoge investigaciones cuyos resultados invitan, desde el asombro, a reconsiderar la relevancia que tiene el cuerpo en el estudio de los grupos humanos.

## 2. Los cuerpos

Desfilan entre estas páginas trabajos etnográficos, muchos de ellos debatidos de forma rigurosa por sus autores en el grupo de trabajo de Antropología del Cuerpo vinculado al Instituto Catalán de Antropología, que ponen de relieve el carácter social y cultural del cuerpo. A medida que se avanza en la lectura, la idea del *ser* se cortocircuita ligeramente y se comprende de forma progresiva que no se es (solo) lo que se cree y se dice, sino principalmente lo que se hace con el cuerpo, resultado, a su vez, de las interacciones (del hacer y el no hacer) *de* y *con* otros cuerpos. La configuración como personas que aprenden a pensar, sentir, moverse y actuar, en definitiva, se debe a la capacidad de agencia que tienen los cuerpos con los que se establecen relaciones cotidianamente en la calle, en el metro, en la escuela, en el trabajo, en casa, etc. Es decir, se está en constante relación con otras expresiones (miradas, gestos, palabras, tonos de voz, silencios, movimientos del cuerpo, muecas, etc.), y esto supone que se afecta y se es afectado al mismo tiempo; unos encuentros a partir de los cuales

se van coconfigurando las personas. Lejos de estar congelados, se desplazan, adquieren, rechazan e incorporan significados.

No obstante, lo más complicado de abordar el cuerpo desde una perspectiva social radica en las dificultades para pensarlo. Se requiere para ello ejemplos concretos que perfilen la forma y ofrezcan luz a tal abstracción; un ejercicio que, sin lugar a dudas, constituye la principal y más valiosa aportación de *Cuerpos y agencia en la arena social*. Divididos en cuatro bloques, los capítulos se reúnen en torno a diferentes enfoques temáticos.

El primer bloque está dedicado a diferentes formas de intervención sobre el propio cuerpo con vistas a su presentación en sociedad, dado que el cuerpo es en sí mismo social: provoca y acarrea discursos, correlatos y prácticas. Michaela Fusaschi (25-37) relata la importancia del *gukuna* en la construcción de la categoría mujer dentro de la sociedad ruandesa. Se trata de una práctica que consiste en masajear los labios vaginales interiores con el objetivo de alargarlos con vistas al matrimonio y a la procreación. A diferencia de los hombres, las ruandesas «visten» sus genitales para ser mujeres dentro de la sociedad. Seguidamente Josep Martí (39-59) habla de la anorexia nerviosa y del blanqueamiento de la piel como respuestas individuales a un orden social jerárquico pigmentocrático y lipofóbico; soluciones que, sin embargo, son leídas como patologías. Finalmente, Maria V. Stanyukovich (61-79) habla de los cambios en las nociones de *belleza* y *salud* que han acontecido dentro de la sociedad filipina como resultado de la colonización hispánica. Para ello, la autora se sirve de datos arqueológicos y describe diferentes prácticas de intervención corporal como deformaciones craneales, circuncisiones (tanto femeninas como masculinas), perforaciones, tatuajes o teñido dental.

El segundo bloque guarda, sin lugar a dudas, una estrecha relación con el apartado anterior dado que refiere a cómo el orden social moldea las percepciones corporales y disciplina los cuerpos. Esto significa que el orden social se practica, se reproduce y se mantiene no solo mediante ordenanzas y discursos desde las esferas de poder, sino también mediante la configuración de los espacios que habitamos o por medio de miradas, palabras o gestos cotidianos. De esta manera, Alicia van den Bogaert (83-103) muestra cómo en Jalori (en el estado indio de Himachal Pradesh), cuya población es hindú, el cuerpo se entiende de forma porosa (abierto y cerrado) y, por tanto, es susceptible de absorber la impureza y las malas intenciones. Un cuerpo poroso que, ante el peligro de la

contaminación, refuerza el sistema de castas regulando el intercambio de fluidos (miradas, comida, saliva, semen, malas contestaciones, etc.) de forma jerárquica. Seguidamente, Laura Porzio (105-123) habla sobre las experiencias de emigrados, hijos de emigrados o parejas mixtas de Guinea Ecuatorial respecto a los procesos de racialización, aquellos que se perciben como «negros». La negritud, relata la autora, es un fenómeno contextual y relacional que se construye a partir de relaciones e interacciones (con representaciones, actitudes, etc.). Siguiendo la línea de los cuerpos insertos en el orden social, se encuentra el capítulo de Lina Casadó-Marín y Mabel Gracia-Arnaiz (125-149) en el que se presentan los resultados de una *netnografía* (a través de las redes sociales) relativa a los contradiscursos propios de cuatro grupos que realizan activismo *fat*. Su principal denuncia es que el cuerpo sano es una construcción social que vincula mantener una vida saludable con disciplinar el cuerpo para encajar en los rígidos cánones de belleza. Finalmente, Livia Motterle (151-169) habla de cómo el poder se inscribe y regula los cuerpos en el caso de las trabajadoras sexuales del barrio del Raval en Barcelona. Los cuerpos peligrosos y contaminados de estas mujeres estaban marcados a través de la vestimenta, señalados y violentados a través de controles médicos, o disciplinados por medio de la reclusión bajo rígidas normas en el convento de las Egipcíacas.

Tanto el primer bloque como el segundo revelan que los significados atribuidos a los cuerpos son relacionales y cambiantes en función del contexto de interacción; una premisa que toma mayor fuerza en el tercer apartado dedicado a la problematización del cuerpo desde el campo de la salud. En este sentido, Lina Masana (171-193) habla de la percepción de la enfermedad cuando esta resulta invisible, lo que coloca a las personas que la padecen bajo un péndulo que oscila entre darla a conocer o no. Un dilema que, minuciosamente descrito, coloca sobre el tapete el peso que tienen las actitudes sociales frente a la salud a la hora de visibilizarla o incluso de autoidentificarse como una persona enferma. Estas, de alguna forma, son el resultado del hacer o no hacer propio, de las categorías con las que se nombra el mundo y de las representaciones hegemónicas relativas a la salud. Categorías y representaciones que, no obstante, convierten ciertos discursos en «normales» o aparentemente únicos frente a otros; si bien se reinventan y renegocian cuando se conjugan con experiencias y subjetividades propias de cada persona, tal y como muestra Araceli Muñoz (195-216) en el capítulo que cierra este tercer bloque. En él, la autora habla

de las percepciones de los niños en cuanto a los cuerpos sanos y enfermos, los cuales son leídos a través de signos físicos, hábitos o expresiones emocionales que son, asimismo, susceptibles de ser autorregulados a partir de prácticas de prevención. No obstante, como revela Muñoz, estas mismas creencias se reconfiguran, a su vez, a partir de las experiencias propias.

Finalmente, en el cuarto bloque se encuentran las nociones de *cuerpo* que trascienden los límites del individuo tal y como se concibe en la sociedad (Le Breton, 2008: 13-27). Los capítulos que siguen, junto con el capítulo de Alicia van de Bogaert ya mencionado anteriormente, hablan de cuerpos porosos, abiertos al encuentro espiritual. En este sentido, Maria Consuelo Oliveira Santos (219-243) presenta los resultados de su trabajo de campo en Bahía (Brasil), donde el cuerpo se revela como un pilar central del *candomblé*, una religión afrobrasileña. Los cuerpos resultan ser lugares de constante conexión, encuentro y cohabitación con las divinidades (*orixás*), de manera que estos se visten, se mueven y se comprenden tomando en consideración a estas deidades: los *orixás* merecen habitar en cuerpos dignos, y esto comporta producirlos en un sentido estético (vivirlos de forma bella, agradable, placentera, etc.). Coincidiendo con Oliveira, Jaume Vallverdú (245-267) habla también de la corporificación de espíritus, en este caso entre los bubis de Guinea Ecuatorial. Partiendo de un trabajo de archivo con fuentes coloniales de finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, Vallverdú describe el importante papel que desempeñaban los espíritus de los ancestros, que asiduamente se incorporaban dentro de los bubis con el fin de controlar, rigurosamente, el mantenimiento del orden social y el vínculo de parentesco vertebrador del patrimonio familiar. Vallverdú señala que se trata particularmente de prácticas de control social ante las posibles injerencias endógenas vinculadas al proceso de colonización del territorio.

### 3. Valoraciones finales

Con todo, la preocupación de las ciencias sociales por el cuerpo descubre las rígidas nociones que se creía que se mantenían con respecto al cuerpo y subraya la importancia de considerar como cambiantes y diversos los significados y las categorías que se utilizan para leerlo e, incluso, pensarlo. Evidencia, consecuentemente, el papel que juegan los cuerpos a la hora de entender construcciones tan abstractas como la construcción de persona y la configuración de su campo

de actuación con respecto a su entorno (social, ambiental, etc.). En este sentido, lejos de contribuir a reforzar ideológicamente el galopante individualismo que va empapando la sociedad, este libro abre un espacio para la reflexión ya no solo social y cultural, sino también política. Como bien señalaba Josep Martí en su capítulo: «Nos equivocamos si pensamos que somos individuos, individuales, en todo lo que implican estos términos; somos “fragmentos”, partes de un todo. Lo que somos lo somos “en” y “con” los otros. Cada uno de nosotros es el resultado de innumerables intersecciones con una miríada de trayectorias de muchas personas» (43).

#### 4. Bibliografía

- LE BRETON, D. (2008): *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- MARTÍ, J. y PORZIO, L. (eds.) (2016): *Cuerpos y agencia en la arena social*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.